

El Cascabel. El intento final

MARI ABREGO

De 5.300 a 7.000 metros

ES un magnífico día de octubre. La fecha no tendría demasiada importancia si no fuera por el miedo a un cambio de tiempo. Hoy es 7 y salimos cuatro personas del Campo Base muy ligeros de carga sólida y atiborrados de peso emocional. Nos vamos todo decididos hacia la cumbre del Everest y encima por la ruta de la cara Suroeste.

No solamente es nuestra propia satisfacción la que nos produce esa carga emocional sino que somos un poco nosotros y el resto de los otros siete compañeros que nos desean lo mejor. Todos hemos dejado horas de esfuerzo y sacrificio sobre ese trayecto en espera de que alguien pueda aprovecharlo y culminar de la mejor manera posible los deseos de tantas gentes que desde allá, muy lejos, en nuestras tierras, esperan, con la misma ilusión que nosotros, ese día o momento de encontrarnos sobre la cúspide de la montaña.

Con rapidez de buen tiempo y mejores perspectivas alcanzamos el Campo II, cubriendo así el programa del día. Quizá la ansiedad por terminar cuanto antes o el temor a un cambio negativo de la climatología nos hacen decidirnos en seguir camino hacia arriba y ganar una jornada que podría ser decisiva.

De este modo llegaremos, tras un descanso en el C-II, a cubrir en una jornada lo que estaba previsto para dos.

El tiempo está cambiando. Abajo se ven unas tranquilas nubes y aquí mismo parece como si la calma atmosférica fuese artificial. Sí, mucha calma, buena temperatura, nada de viento... Estamos los cuatro bien, pero es necesario hablar repetidas veces sobre los planes siguientes. Qué será necesario subir, cómo repartirlo, cuál será la mejor hora para salir mañana, etc.

Un monte cabezón

Aquí nos separamos de todas las demás expediciones y empezamos a equipar nuestra ruta. Campo III a 7.000 m., en un lugar un tanto expuesto a la caída de piedras y avalanchas de nieve polvo que el viento hace caer como cascadas de las pendientes superiores de la montaña.

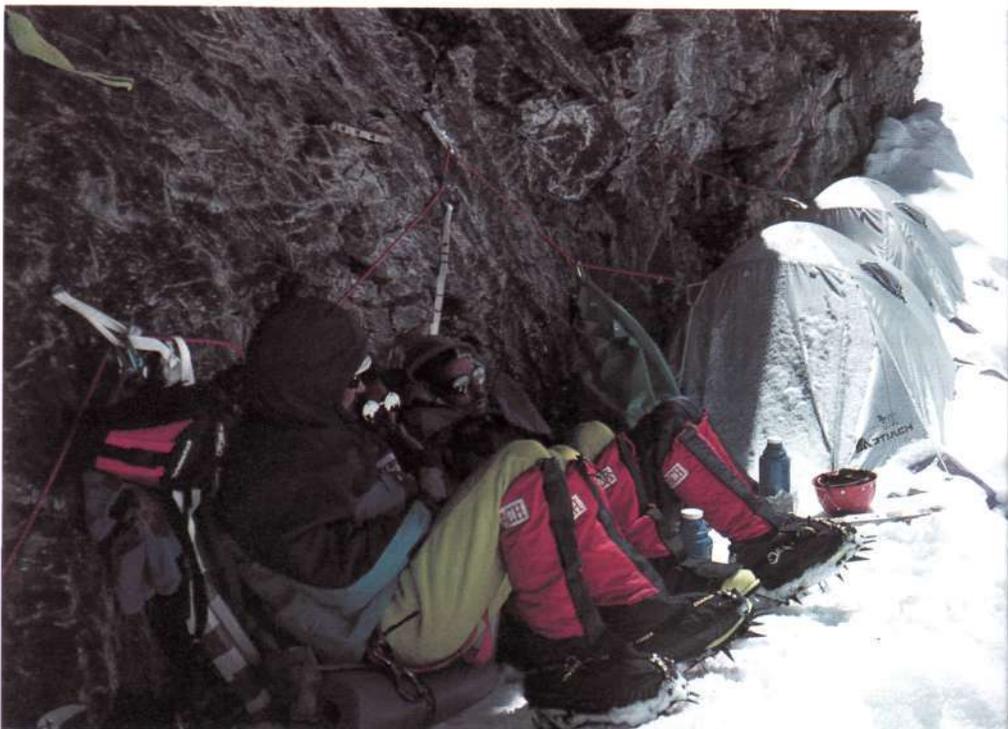
Este es un monte cabezón, o cabezudo, en la cabeza está el problema. Le llegas a la base del cuello todo contento y allí está todavía esa inmensa y oscura cabeza humeante.

Veinte días más entre algunas nevadas y alguna enfermedad nos costará llegar a superar esa famosa banda rocosa. Internarse por ese estrecho pasillo de nieve entre desplomes de piedra primigenia era como penetrar en las cavernas de los arcos de los libros de fantasía, adentrarse en los secretos guardados celosamente por Sagarmatha.

Y mientras nosotros persistíamos en hacer realidad nuestro sueño, un sueño de muchos meses, veíamos con envidia cómo otras expediciones alcanzaban la cumbre por la vía normal del Collado Sur.

A veces me pregunto si no sería más positivo el plantearse objetivos más sencillos para las expediciones, asegurar la cumbre. Al fin y al cabo, en esta sociedad sólo se valora el éxito, la cumbre, el vencer en la partida. Quizá los soñadores somos una rara especie en este mundo cada vez más maquiavélico que nos ha tocado vivir. De cualquier forma, seguiremos soñando, pues queda aún un pequeño espacio para la aventura en este universo supertecnológico. ■

Hirugarren kanpamentuan.



El costoso equipamiento de la pared no ha permitido fechas suficientes para tener instalado el último campamento antes de intentar la cima, por lo cual es necesario hacer esta operación en paralelo con la ascensión. Por dicho motivo, hemos proyectado que cinco o seis sherpas se nos unirán en el campo superior (Campo IV), con el fin de portear diverso equipo hasta 8.300 metros.

Ante la negativa de estos hombres a dormir en el Campo IV, por su inminente peligro e incomodidad, se planea que ellos vengán la próxima noche al lugar donde ahora nos encontramos para, al día siguiente, subir al Campo IV de vacío, donde recogerán al equipo a transportar hasta el siguiente campamento.

7.800 metros

Otra etapa que se cubre con la tranquilidad que el lugar permite. Las piedras emiten un amenazante silbido cuando pasan cercanas a nosotros. Algún cascote de hielo golpea con fuerza diferentes partes del cuerpo, resonando con estrépito cuando se estrella contra el casco protector de la pensante.

Una vez en las tiendas todo es contrareloj para preparar el equipo para mañana. El área de altura donde nos encontramos ya no permite florituras y los movimientos han de ser estudiados antes de realizarse.

Temprano, demasiado pronto, llegan los cherpas, que nos pillan todavía adormilados dentro de nuestros sacos.

El frío, a esta primera hora del día 9, nos obliga a un esfuerzo especial, tanto para desayunar como para repartir las cargas. En la confusión del atorbellinado despertar nos hacen saber estos sherpas que alguno no continúa hacia arriba, es decir, que se baja (?).

No es momento ni lugar para exigir, así es que nos vemos obligados a disminuir el equipo a transportar, ya que las cargas no pueden exceder de 10 kg.

Viento de 8.300

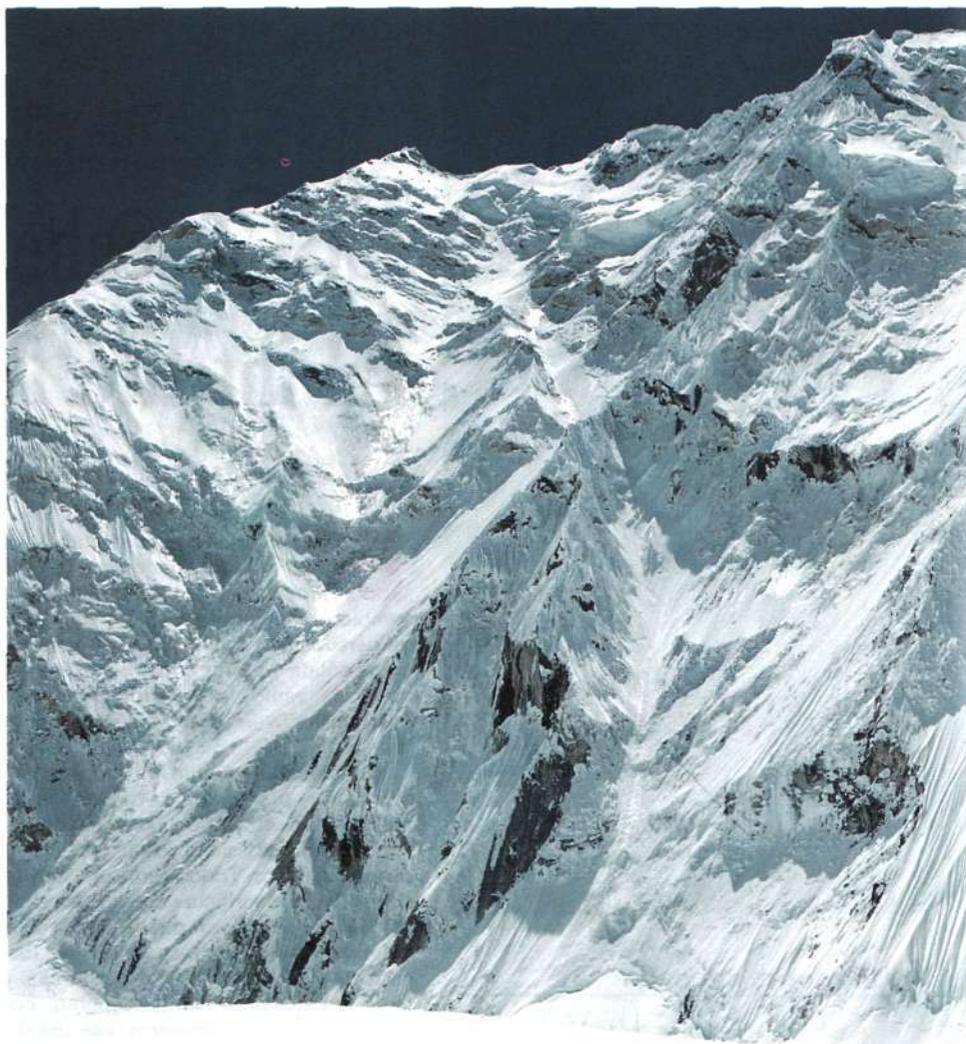
Las horas pasan rápidas. Cuando el puño mecánico se desliza por la cuerda ya estamos en la luz de este nuevo día que será decisivo.

El tiempo no es como el de los días pasados, pero tampoco se presenta tan malo como para impedir nuestros planes.

Con la lenta rapidez de la tortuga y las intermitentes paradas del saltamontes, vamos ganando metros. Nos da el sol durante la primera parte del recorrido, luego a la entrada del angosto corredor que secciona la pared rocosa, las sombras y el viento nos envuelven como lenguados en frigorífico.

Un ligero temor comienza a adentrarse bajo estos buzos de pluma. El aislamiento térmico de estas prendas no impide que nos penetre tal sensación.

La caída de cascotes de hielo surcando este estrecho pasillo a 8.200 m. nos obliga a la doble función de protegernos constantemente y guardar cierta tensión ante un posible impacto. El viento adquiere tal velocidad que impide el continuar con nuestros



planes. Ni tan siquiera es posible hacer una plataforma para las tiendas de campaña o descansar o reponer fuerzas.

La ráfaga interior ante semejante situación es huracanada. Es el fin, todo se derrumba.

No existe duda alguna sobre la conducta a seguir, pero cuesta lo suyo el aceptarlo.

Cada uno, bajo su acolchado atuendo, adopta en sus pensamientos mil recitales distintos. Te resistes a reconocer lo evidente, pero me repito un párrafo del Código Militar prusiano: «Toda mala situación es susceptible de empeorar».

Supervivencia

El reloj de arena es invertido. Las cuerdas que facilitaban el camino del sueño preciado nos sirven ahora para dejarnos deslizar bajo la fuerza de la gravedad.

En esos pasos descendentes cada pie obedece a su amo y el torbellino de la mente manda sin convicción, sin ilusión. Unos más rápidos, otros más lentos, todo de espaldas a lo que hasta hace pocos momentos era la esperanza.

Llego a las tiendas del Campo IV, el balcón sobre el Valle del Silencio. Entro en una de ellas para recoger mis pertenencias, ya que no volveré aquí. Cuando salgo veo que todos continúan muy por debajo, hacia ese pelado valle, hacia un lugar más confortable.

No, todos no bajan. Un sherpa llega lentamente hasta aquí y se detiene. Apenas puede hablar y tras un respiro largo me dice que no puede seguir bajando. Se me queda mirando, queriendo decir mucho sin hablar palabra. Por fin, habla un poco, lo justo: «Me quedo aquí».

El viento sigue aumentando, los cambios que se efectúan en mi alrededor durante las últimas horas son tan bruscos y variados que me hacen sentirme necesario para algo positivo.

Esto me reconforta, a la vez que me da miedo. Me doy ánimos recordando otras situaciones peores.

No tengo ninguna duda sobre lo que he de hacer, ya que al observar a este hombre veo la necesidad de ayuda que su estado y las circunstancias requieren. Me quedo con él para darle lo poco que pueda. Comunico por radio a mis compañeros del C-II y C-B, haciéndoles saber la situación.



Gizona eta mendia.

Aspectos médicos

RAMON GARATE

DE altamente positivo se puede valorar el aspecto médico de la expedición, teniendo en cuenta el buen estado de salud presentado por los expedicionarios tanto durante la estancia en la montaña como al regreso a Euskadi.

Antes de partir hacia Kathmandu, realizamos un control médico exhaustivo, efectuando entre otras cosas análisis de sangre y pruebas de esfuerzo y que puso de manifiesto la buena aptitud de los componentes del grupo para acometer una empresa de este calibre. A lo largo de los meses en Nepal, realicé pequeñas pruebas de control, que confirmaban el buen estado de salud del personal.

En el aspecto asistencial, la patología tratada fue en su mayoría de carácter leve, predominando los resfriados comunes, las diarreas, los problemas estomacales, las contusiones, algunos casos de infección respiratoria y de oftalmía, y el mal agudo de montaña, que sólo llegó a ser severo en dos ocasiones. Como problemas más delicados, la retinopatía hemorrágica sufrida por un expedicionario y el edema pulmonar que soportó un sherpa. También tuve que atender los problemas de salud que iban surgiendo en los miembros de la expedición coreana, sin duda más diversos e importantes que en nuestro grupo. A pesar de las bajas temperaturas soportadas, no hubo que atender lesiones producidas por el frío, que son habituales en este tipo de expediciones. No se tuvieron que llevar a cabo gestos quirúrgicos ni reanimatorios. Todo este apartado se realizó mediante los medicamentos y materiales que incluía nuestro botiquín, que llegó a pesar 60 kg. y resultó ser suficiente en todo momento.

Un aspecto novedoso del botiquín fue la llamada cámara o cajón hiperbárico, una «bolsa» de 5 kg. de peso que, por medio de una bomba manual de aire, puede hincharse tras introducir en su interior a la persona,

consiguiendo de este modo, mediante el aumento de la presión barométrica, «descender» al paciente incluso a 3.000 m. por debajo del nivel en que se encuentra, remitiendo de esta manera, los trastornos producidos por la altitud. Este aparato tan sencillo, se ha convertido en un material esencial en el tratamiento de la patología derivada de la altura y hoy en día, es normal verlo incluido en el botiquín de muchas expediciones y trekkings. Lo tuvimos que utilizar en dos ocasiones, con resultado en ambos casos satisfactorio.

Mucho habría deseado el poder llevar a efecto ciertos trabajos de investigación sobre el comportamiento del organismo en la altura, un campo de estudio todavía poco explotado y enormemente atractivo para cualquier médico montañero; sin embargo, las exigencias características del objetivo deportivo planteado, me hicieron desistir de cualquier intento de realizar estudios que requirieran metodología cruenta, pues pensé que podría tener cierta influencia negativa en el resultado final de la expedición. Por todo lo expuesto, me conformé con recoger de forma planificada muestras de pelo de los expedicionarios, obtenidas de la región occipital de sus cueros cabelludos, con el fin de realizar posteriormente análisis que revelen las alteraciones que en el equilibrio hídrico y mineral ocurren en el individuo sometido a los efectos crónicos de la hipoxia y el hipobarismo.

A pesar del gran trabajo desarrollado por todos los componentes del grupo a lo largo de los 75 días en la montaña, los actos médicos a realizar fueron escasos, y pienso que esto se debió especialmente a los conocimientos que en materia de prevención poseía cada uno de los expedicionarios, lo cual subraya mi proclama de que, adquirir experiencia en la práctica del alpinismo, es la mejor garantía para disfrutar de la montaña sin riesgos para la integridad física. ■

Karsan, éste es su nombre, no admite ningún alimento sólido. Solamente agua. Al rato consigo que se trague una aspirina, por todo es inútil, apenas puede hablar.

Ha llegado otra fría noche. El viento agita las tiendas y el toldo protector haciéndome temer lo peor. Por otro lado, mi pensamiento está en la otra tienda, donde duerme nuestro amigo sherpa. Le doy algún grito para asegurarme de su situación, pero no tengo seguridad de si me oye o no. Puede ser que pase lo peor, pero mi situación no permite otra cosa que esperar al amanecer. Yo mismo estoy sin beber nada, puesto que la poca agua conseguida se la ha tomado Karsan.

A la mañana siguiente recibo una gran alegría cuando obtengo contestación a mi llamada. Una y otra vez le comunico la necesidad de bajar cuanto antes. Deshacer algo de nieve y preparar un té llevan un buen rato en estas condiciones. Cuando al fin lo traga y tras repetir las gracias infinitamente, conseguimos ponernos camino de alturas inferiores, donde todo es más fácil. En una de las paradas Karsan me dice que si llega al Campo III ya no habrá problemas.

Karsan llegó al Campo III. ■



Bostgarren kanpamendutik jaistea.